

Diciembre 29. Sale
la expedición

El 29 de diciembre se embarcó la columna en Pisagua, el 30 en la noche fondeó en Ilo, y el 31 al amanecer bajaron las tropas usando todas las precauciones posibles para no ser sentidas de tierra. Los remos de los botes se forraron con lanilla para no hacer ruido y los primeros que abordaron la playa se tendieron detrás de las peñas esperando las nuevas remesas de soldados. El desembarque se efectuó por el norte y sur de la bahía con el propósito de juntarse y envolver la población que estaba entregada al sueño. La sorpresa habría sido completa si unos soldados chilenos no hacen fuego sobre unas piedras tomándolas por enemigos, y al ruido de esos disparos los habitantes despertaron sobresaltados, y unos veinte cívicos que guarnecían el villorio emprendieron la fuga. Un momento después los expedicionarios abiertos en alas penetraban a él por rumbos opuestos.

La sorpresa de la guarnición había fracasado y era de creer que llevase la noticia de la invasión al convoy con armas para que se pusiese en seguro.

Ilo y Moquegua

Stuven tomó posesión de la maestranza del ferrocarril y de la oficina de telégrafos, donde cortó el alambre con Moquegua, dejando a la ciudad cabecera del territorio en condición de no saber lo que ocurría en la costa. El Comandante Martínez ideó entonces una expedición de paseo a Moquegua, aprovechando dos convoyes de ferrocarril que Stuven encontró en la maestranza listos para partir, y pocas horas después los alegres expedicionarios iban de viaje hacia esa ciudad guiados por Stuven que gobernaba la máquina delantera. Tuvo la precaución este meritorio ciudadano de proveerse de herramientas para reparar la vía en caso de accidente, advertencia cuya previsión se comprenderá más adelante. La falta de telégrafo hacía que en las estaciones por que pasaban los convoyes no se sospechara la condición de los viajeros, y al contrario al verlos aproximarse luciendo sus uniformes y sus músicas, los cambiadores de la vía los tomaban por tropas peruanas que marchaban a reforzar el interior y subían a saludarlos y a abrazarlos, experimentando una indecible sorpresa cuando se les declaraba prisioneros de guerra y se les encerraba en un carro-bodega. El viaje no tuvo accidente alguno hasta Moquegua a donde llegaron en la tarde de ese día último del año, y encontraron en la estación a toda la sociedad del pueblo, que acostumbraba reunirse en ese sitio para ver los pasajeros que llegaban de la costa.

Allí se repitieron en mayor escala las picantes escenas del camino. Los peruanos abrazaban a esos bravos compatriotas que llegaban a defenderlos, y en un momento, en minutos, se produjo el espanto, el sálvese quien pueda, huyendo cada cual por donde podía, mientras las niñas se desmayaban o daban gritos de angustia, oyéndose dichos como éste.

¡Jesús: qué año nuevo nos vienen a hacer pasar estos malvados!

Calmadas por Martínez, que era hombre culto, el pánico cesó, y se asegura que una de ellas vuelta de su desmayo, por las solícitas atenciones que le prodigara, le preguntó:

¿Es Ud. soltero, señor oficial?

El Comandante en Jefe colocó su tropa en elevación sobre la ciudad precedida por dos cañones pequeños de a bordo, que dirigía el teniente 2º don Alberto Silva Palma, mozo inteligente y resuelto que formaba parte de la dotación de la *Chacabuco* y que por disposición de Viel acompañaba a la expedición, y desde allí envió un emisario a notificar a la autoridad que bombardea-

ría el pueblo si no se rendía incondicionalmente entregando las armas en el plazo de una hora.

Apenas es necesario decir que ya no quedaba un solo hombre armado de los defensores de Moquegua. El Prefecto, un Comandante Chocano, huyó con 450 que regía sin disparar un tiro, y fué a colocarse en una célebre altura vecina llamada la cuesta de los Angeles, magnífico observatorio desde donde podía ver si el enemigo avanzaba para emprender la fuga hacia Arequipa, o si se retiraba para regresar triunfalmente a la ciudad.

Según su explicación en el primer momento no combatió por evitar la profanación de las familias por las salvajes hordas invasoras, y al día siguiente cuando se preparaba a hacerlo, los chilenos se habían retirado en fuga precipitada a la costa.

La división entra a Moquegua

La división durmió esa noche como en campaña, con centinelas apostados a su alrededor, y al día siguiente temprano como la intimación no había sido contestada, Silva Palma disparó sus cañones por alto, y acto continuo se presentaron los extranjeros a decir que la ciudad estaba rendida. El batallón se abrió en alas y guiado por las bandas que tocaban las canciones guerreras de la República, la Nacional y la de Yungay llegaron a la plaza principal donde de orden de su jefe dieron tres Vivas a Chile. Los habitantes les proporcionaron un almuerzo con frutas y verduras, banquete opíparo para los clientes del desierto, y en la tarde el batallón regresó a Ilo a donde llegó en la mañana del 2 de enero y se embarcó. En el viaje de regreso los peruanos habían sacado los rieles al lado de un barranco y la locomotora en que viajaba Stuken alcanzó a clavarse en el suelo, pero gracias a la previsión de éste, se colocaron otros que había llevado de repuesto, se levantó la máquina y el convoy continuó su marcha.

Lo más positivo de la expedición fué el alegre almuerzo de Moquegua, el susto de las niñas en la estación, el espanto de los cambiadores, y el no menor del Prefecto Chocano que se asiló en un sitio considerado como un nido de águilas.

En Ilo se tomaron algunos botes. Stuken extrajo las principales piezas de las máquinas del ferrocarril para inutilizarlas. Los soldados regresaron a sus campamentos de la región salitrera después de algunas horas de solaz en que habían vuelto a ver verde, a gozar de la sombra de los árboles, y no pocos a probar el producto de los excelentes viñedos de Moquegua.

Pero la parte alegre de la aventura no era lo que Sotomayor buscaba al enviar esa expedición. Supo el Ministro el inesperado viaje de Martínez al interior y preocupado de que pudiera ocurrirle algo embarcó de prisa un batallón del Esmeralda en el *Itata* y se embarcó él mismo para ir en protección del Lautaro, después de haber solicitado la venia del General. El refuerzo no alcanzó a partir por haber regresado antes a Pisagua la columna de Martínez.

Sotomayor estimó que sus instrucciones habían sido excedidas.

Descontento de Sotomayor

"Enero 3. El batallón del regimiento Lautaro que mandé a Ilo, decía a Pinto, desembarcó el 29 sin novedad. No hubo resistencia, porque creo que el pueblo estaba solo. Nuestra tropa tomó el ferrocarril y se marchó a Moquegua. Este viaje a Moquegua es si no contrario a mis instrucciones, al menos importa una operación de más importancia que la que yo quería efectuar. Temiendo cualquier

evento me voy con un batallón del Regimiento Esmeralda por si hubiera necesidad de apoyar al Lautaro".

Tal fué esta excursión que uno de sus actores, el actual almirante Silva Palma, ha descrito con el nombre de la "Calaverada de Moquegua".